

EL AMOR EN LAS «*HISTORIAS DE LA MARCHA A PIE*»,
DE VICTORIA DE STEFANO

Yelmi Urutia Domínguez¹
yelmiurrutia@yahoo.es

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Fecha de recepción: 18 de febrero de 2013

Fecha de aceptación: 23 de julio de 2013

RESUMEN

El presente artículo pretende dar elementos para reflexionar sobre las concepciones tradicionales y patriarcales de amor romántico, amor maternal y belleza hegemónica. Para ello analizamos la novela de 1997, *Historias de la marcha a pie* de la escritora venezolana Victoria De Stefano. Paralelamente nos aproximamos a algunos elementos narrativos que utiliza la autora, que nos muestra una obra realista, cruda y llena de una belleza única.

Palabras claves: amor romántico, belleza hegemónica, subordinación, maternidad

ABSTRACT

This article attempts to present a few thoughts about traditional and patriarchal conceptions on romantic love, mother love and beauty dominant standards. I choose the 1997 novel, *Historias de la Marcha a Pie* by Venezuelan writer Victoria De Stefano. I approached to author narrative resources, finding a harshly realistic and full of unique beauty work.

Keywords: romantic love, beauty dominant standards, subordination, motherhood

Las líneas escritas por Victoria De Stefano en su novela *Historias de la marcha a pie* (1997/2005) nos alejan por completo de las historias de mujeres y personajes de mujeres enfocadas desde la intimidad, lo doméstico, los hijos, la saga de mujeres de una familia y, ante todo, de personajes femeninos, que giran abierta o veladamente en torno a lo masculino.

1 Ingeniera agraria y maestrante del AEM, FACES, UCV

Cuántas escritoras y escritores tejen una historia adornada quizás con algunos matices históricos o de imaginación, para terminar en la construcción de personajes femeninos que luchan por el amor, encarnado en hombres, hijos o familia. Como dice mi profesora de literatura, *personajes femeninos a los que no pasa nada*.

Los personajes femeninos de las narraciones más difundidas son generalmente novias, amantes, esposas y madres abnegadas que encarnan sumisión, belleza hegemónica, la mujer romántica que espera incólume que el amor llegue o regrese. Sin importar si el escenario es urbano o rural, antiguo o moderno o un submundo de seres fantásticos, las mujeres siempre son las que aguardan pacientemente, infinitamente; son las mansas, las obedientes o, quizás, las *femmes fatales*, pero siempre personajes de mujeres construidas bajo la égida patriarcal.

La escritura de Victoria De Stefano, incorpora en su obra *Historias de la marcha a pie*, retazos sobre una concepción del amor alejada de romanticismos, cargada de realismo pero también de belleza, que se hilvana finamente con su admirable narración.

Se asoman varias historias de amor, que no llegan a constituirse en el eje primordial de la narración, están ahí simplemente, como puede estar el amor presente o ausente en nuestras vidas, sin llegar a abarcarla toda.

Quizás este es el prodigio de la escritura de De Stefano, narrar la vida desvelando lo que la cultura occidentalizada invita a esconder, a negar, a callar, lo que no muestra en la televisión y, por ende, nos habituamos a huírle cada día: vejez, muerte, soledad, desamor, enfermedad, tragedias, se pueden apreciar en las diferentes emociones que nos pueden despertar: miedo, dolor, aceptación. La vejez, el desamor, la muerte ¿sólo nos devastan? ¿O dejan, cuando pasan los estragos de la calamidad, sabiduría, madurez, resignación y las huellas inefables de haber vivido? ¿Quién está exento de dolor? ¿Quién vive y siente únicamente —como las imágenes que colgamos en el *Facebook*— únicamente momentos de felicidad, belleza, diversión, risa y amor? Esta escritora nos hace estremecer el corazón y no por la vía fácil de la edulcoración.

Una de las historias de amor es la de Bernardo y Marta, su ama de llaves de toda la vida. Como muchas de las historias de amor que conocemos o hemos vivido transcurren en un solo corazón, en una solamente, en un

solo cuerpo. Son amores unilaterales pero el otro lo sabe y disfruta de la entrega, la sumisión, sin brindarse o comprometerse o dar nada a cambio:

A mi me parecía que por ese viejo fetichismo de los símbolos encarnados, de esas llaves, flor y emblema de su rango, se enorgullecía más que de cualquiera de sus otras distinciones, dama de compañía, enfermera, confidente, para las que no tenía tocados ni divisas de honor. Eran desde luego para ella motivo de regocijo íntimo, pero faltándoles los signos visibles de su proclamación no acababan por satisfacerla (...) Con el tiempo Marta había llegado a hacerse imprescindible a su amo – ningún otro término fuera de éste sería aquí el indicado- como un vicio o una costumbre muy arraigados. Era la oportunidad que ella había esperado, confusamente vislumbrado y al fin hallado: darle un sentido a los domésticos afanes de su vida, o de lo contrario ninguno, mostrarse y desarrollarse en su primera y segunda naturaleza, hechas ambas a la abnegación y última entrega (Victoria de Stefano, 1997/2005: 66-67)

Tantas páginas de cientos de obras que exaltan el amor, lo divinizan, lo colocan en el nirvana extático y creo que es maravilloso leer prosa que lo desmitifique, que lo muestre descarnadamente, tan doloroso y patológico como puede ser cuando el que lo siente es un sólo corazón, tan real, tan humano.

Descubrir el amor, servil y abnegado, de Marta por Bernardo nos remite a Simone de Beauvoir, cuando explica en *El segundo sexo* que una enamorada, ya rendida y entregada, está sujeta por completo al hombre, cuando está segura de que él la necesita, no por amor, sino porque requiere sus servicios, sus cuidados, entonces experimenta felicidad ya que «se siente exaltada a la diestra de Dios» (1949/2011: 821).

Nos dice el personaje que narra las *Historias*

Sólo a los hombres les ha sido dado gozar de estas almas tutelares. Madres, hermanas, hijas, amigas, amantes y, como suplemento, criadas en una sola persona. Que habría sido de Delacroix sin Jenny, del señor Rochester sin Jane, de Bernardo sin la devoción de Marta (De Stefano. Ob. Cit: 70)

Como Marta, muchas mujeres atrapadas en relaciones en nombre del amor, pasarán años, meses o instantes de su vida, eclipsadas voluntariamente por la presencia de un hombre. Sin reciprocidad, a veces sin siquiera recibir cortesía. Pero el mandato social es poder representar el papel de «tener un hombre», aunque el amor transcurra exclusivamente en su imaginación.

Bernardo cuestiona la entrega total de Marta, pero vive en la zona de confort que le brinda su devoción. Esquivo a su amor, en esta relación el personaje masculino representa lo dicho por Beauvoir:

El hombre no necesita la abnegación sin condiciones que exige, ni el amor idólatra que halaga su vanidad; sólo los acepta con la condición de no tener que cumplir con las exigencias que implican recíprocamente estas actitudes. Exhorta a la mujer a que se entregue, y su don le hastía (Beauvoir. Ob. cit: 837)

Burla y cierta repulsión a la vez le provoca la constante genuflexión de Marta a Bernardo, sobre ella dice: «Marta era otra cosa... era... complementó con una fingida y sonora carcajada que ocultó enseguida detrás de los dedos, el planeta del que él era el sol, su luna» (De Stefano. Ob. cit: 176)

La magia de la escritura está en que enciende la imaginación de quien lee una imagen tras otra que pasan con la rapidez que sólo da la mente, a medida que se decantan las frases de la novela. La narradora, además de presentarnos imágenes es capaz de despertar nuestros recuerdos, esos que ahogamos en alcohol, en lágrimas o en amnesia disciplinadamente autoimpuesta. De Stefano nos lleva a reflexionar: ¿cuántas veces hemos representado en nuestra vida a Marta? ¿Cuántas veces hemos anhelado representarla? ¿Cuántas veces ha sido nuestra heroína secreta? ¿Cuántas veces hemos estado confundidas a conciencia, extasiadas en amores imposibles, improbables? Dice Beauvoir que la mujer que ama

tiene que sufrir o mentirse. En general, primero se aferra a la mentira. Imagina que el amor del hombre es la exacta contrapartida del que siente ella; con mala fe confunde el deseo con amor, la erección con deseo, el amor con religión. Fuerza al hombre a mentir: ¿Me amas? ¿Tanto como ayer? ¿Me amarás siempre? (Beauvoir. Ob. cit: 827).

La protagonista y narradora nos da un poco de suero antipatriarcal cuando escribe sobre el amor, aunque esto pueda ser considerado veneno

para algunas, sacrilegio para otras; nos da material, si no para desconstruir, al menos para cuestionar el amor romántico:

Ay no quiero serlo todo para nadie, es demasiado. Pero el amor ya tú lo sabes es una enfermedad cuyos estragos perduran. Y, eran precisamente aquellos que la sufrían quienes menos notaban sus ligaduras y la progresión del engaño en que esos males progresaban, no ver, no saber, no entender. Daba náuseas (De Stefano. Ob. cit: 176)

Si, es material para repensar el amor romántico, para repensarnos a nosotras mismas. ¿Cuántas veces cedemos a llevar gustosas el grillete de relaciones que sólo suceden en nuestra imaginación?: «¡Cómo pueden aferrarse los seres humanos los unos a los otros! ¡Cómo pueden subordinarse, esclavizarse, anularse!» (*Ibid*: 177).

Otra de las historias de amor que presenta la novela es la de la prima de la madre de Bernardo, Raimunda Sudano, una mujer que se enamora locamente durante su juventud y luego va envejeciendo sin pareja. No como Bernardo, que lo hace con la solícita presencia de Marta, que nunca lo abandona, sino sola porque así es para las mujeres la soledad, el estigma de que ella no fue suficientemente buena para ser elegida por un hombre, tener hijos y hacer la familia que la venerara como la madre a la que la sociedad rinde culto. Una mujer que, como dice la narradora y protagonista sin nombre, desea

cumplir su parte en la orquestación humana de los que constituirían las generaciones futuras, en la firme custodia del altar doméstico en el que ya se veía reina veneranda alzándose cuatro peldaños hacia la nube del inflamado retablo en que la rodeaban sus querubines (*Ibid*: 124)

Raimunda escribe cartas en soledad, con la desesperación de buscar un diálogo; demanda una voz humana que retumbe en un recuerdo que permita sentir que alguien, así sea más allá de la frontera, de cuenta de que ella existe. Ella es la antítesis de Bernardo, no recibirá cuidados ni adulaciones, tendrá que mendigarlos y al estar aislada, sin haber podido desplegar sus capacidades, deberá rogar por compañía, por la atención que den a sus cartas, con la esperanza que al ser leídas se volverán el afecto ansiado. Bernardo describe aquellas epístolas de su prima,

Cartas buscando una abertura por donde deslizar sus añoranzas, cartas para vencer, cartas para aguantar, cartas para soportar, cartas para abreviar, cartas para aliviar la monotonía, cartas para cauterizar la herida, cartas para vivir, cartas para sobrevivir al tedio que caía a plomo sobre cada una de las horas de su día, cartas que suplían las carencias y le servían de consuelo (Ibid: 105)

En este siglo XXI, nadie suspirará por una carta, por vislumbrar a un cartero desde la ventana, pero los mismos anhelos, las mismas urgencias se sienten al desplazar los dedos ágiles sobre el teclado del celular, pulsar *enter* y esperar con ansiedad el sonido del timbre, el alerta de la mensajería de texto, por minutos, horas, días y hasta años... porque las mujeres somos socializadas como Marta, como Raimunda, como Blancanieves, como Penélope o como la mujer sobre la que habla la canción del grupo Maná titulada *La Loca del muelle de San Blas*, para esperar estáticamente y para vivir reconfortadas con la idea que alguien nos evocó en su memoria.

¿Cuánto tiempo nos hemos agotado a la espera de la alerta de un «mensajito»? Esperando respuestas como Raimunda, que «se consumía viva en la tarea de tender el frágil puente de cartas que era la novela de la que estaba hecha su vida» (Ibid: 107).

Raimunda, es poco agraciada, según Bernardo le dice a nuestra narradora y protagonista. Pero si la medida de la belleza socialmente establecida es la hegemónica, todas seremos «poco agraciadas». ¿Quiénes alcanzan el estándar de las misses de los concursos de belleza o de las esqueléticas actrices que son las protagonistas de películas y telenovelas? Es una de las trampas más finas del patriarcado, apoderarse de nuestros cuerpos sin que casi nos demos cuenta, colonizar nuestras mentes con una concepción de belleza imposible de alcanzar. ¿De dónde nos salen esas ideas de establecer la lucha a muerte contra los «cauchitos» y los kilos? ¿Por qué estamos convencidas de que el tiempo no debe dejarnos huellas en el rostro? ¿Cuánto nos torturamos con *stilettos* con el anhelo de lucir más altas y esbeltas!.

Pobre Raimunda, «el mal había prendido en toda su hambre y su sed de ser amada» (Ibid: 108). Se enamoró de un farmacéutico anarquista que murió el 34 en España:

Decía Bernardo, qué fácil pasto a las llamas del amor son las mujeres no del todo bonitas, la inclinación sin esperanzas a la que son dadas estas muchachas cándidas y solitarias, con que certeza son capaces de acertar al blanco del menos indicado de los hombres (Ibid: 108).

Amor y belleza, amor romántico y belleza hegemónica. ¿Cuál princesa de cuentos de hadas es poco agraciada? ¿Cuál protagonista de telenovela? ¿Sobre cuáles fundamentos construimos nuestras nociones de amor y belleza? *Betty la fea* (la de la versión original colombiana) se volvió hermosa para lograr su final feliz, la belleza es el boleto para poder alcanzar ser amadas, al menos eso es lo que minuto a minuto nos exhiben los medios de comunicación y la implacable industria cosmética y de la publicidad.

¿Qué encarna Raimunda en *Historias de la marcha a pie*? Soledad, locura, desamor, desesperación, tragedia. Encarna a la mujer que por la tradición familiar no hizo estudios superiores. Esta pobre Raimunda, al que el padre cortó sus alas, la que perdió a su amor porque fue «cortado en dos, en un paso ferroviario, huyéndole a la embestida» (*Ibid*: 115). No hay final feliz para ella y el farmacéutico, pero la vida no es sólo finales, es momentos y mientras duró el enamoramiento de esta trágica pareja, hubo instantes alegres y luminosos que ella guarda en la memoria. También se revela una mujer que recorrió países y vivió con los lujos provistos por su padre y que costeó el franqueo de sus innumerables epístolas con la herencia que le dejara.

Para la madre de Bernardo, quien cuenta entusiasta la historia de su prima a sus hijos, el amor de Raimunda es

Ay, el garrafal error... el inenmendable yerro del amor verdadero, ay, montando guardia a su vera... se engaña a sí mismo, engaña a los demás, engaña al engreído, engaña a su propia vanidad. ¡Qué cosa más extraña! ¡Qué cosa tonta y fraudulenta es el amor, hijos míos! ¡Cuántas locuras se cometen en nombre del supuesto prestigio de que se halla revestida esta mala mercancía! (*Ibid*: 118)

La madre amada por Bernardo, que temía tanto en su juventud ser presa de alguna herencia genética que la asimilara a la soledad y a la locura, como había sucedido a su querida prima Raimunda, anhelaba convertirse en madre, más que nada en el mundo, no iba a poder soportar la «humillante frustración de no poder llegar a ser madre» (*Ibid*: 125). Esta bella e inteligente mujer que según su hijo tenía la misma mirada de Kafka, tampoco gozó de un amor consumado, pero sí de su sueño de ser madre. No se casó con

El hombre que se decía había sido el gran amor de su vida, con el que hubiera querido casarse y seguir hasta el fin del mundo y con quien

no se casó ni siguió a ninguna parte, el hombre con quien sí se casó, sólo Dios sabe por qué, para constituir el infierno de un matrimonio sordamente desgraciado (Ibid: 131).

Una madre tan espléndida que generaba sentimientos de culpa en su hijo, a quien se le revelaba en sueños y le despertaba dormidos sentimientos de culpa por creer que no la había amado suficiente en vida, ni llorado y extrañado suficiente después de su muerte. Bernardo cuidó de su madre moribunda, le leía porque la lectura era la pasión que compartían, pero también la peinaba, la llevaba de un médico a otro y la llenaba de flores de muchas clases, hasta que su madre agonizante, viendo cada vez más cercana la guadaña que blande la espectral muerte le pidió: «No más rosas, Bernardo, se marchitan enseguida. Por favor, te lo ruego, sácalas de aquí, me da náuseas el sólo verlas (...) están hechas para marchitarse (...) *Soy el espectro de la rosa que lucías anoche en el baile* (Ibid: 142-143). Él se torturaba con la idea de no haberla amado suficiente, no tuvo valor para acallar el sufrimiento de su madre con la eutanasia y ella, a su vez, se cuestionaba que no había desempeñado a cabalidad su rol materno. Muy alejada están las líneas de De Stefano de las ensalzadas odas que se acostumbra erigir sobre el amor materno:

El enfermizo, el insidioso sentimiento de culpabilidad que despertaba en nosotros el adolorido amor materno, el más amargo e irreparable, el más culposo de los sentimientos que había hecho pie en el corazón del hombre, sólo comparable con el de la madre que no ha sabido serlo bastante (Ibid: 149).

Otra referencia al amor materno en la obra lo hace la protagonista y narradora, a propósito de sus hijos R. y M. con los que vivió muy joven en un país que no es el suyo:

Ahora solo se te pide una cosa, una única cosa, que te levantes y vayas a cumplir tus deberes de madre. Sí, pero ¿con qué fuerzas y con qué ganas? Gemían, lloraban, pedían agua. Una pesadilla, acentos desgarrados a causa de un dolor de oídos, cólicos, fiebres, diarreas, gargantas inflamadas (Ibid: 18).

La verdad descarnada de la maternidad, nos remite al debate: ¿existe el instinto maternal? ¿O la maternidad es un constructo sociocultural? ¿Cómo viven la culpa las madres cuando no llegan a cumplir con la entrega,

el olvido de sí mismas, la inmolación por las hijas e hijos, que toda la sociedad espera de ellas? ¿Cómo son señaladas y recriminadas, cómo no dejan de decirse a sí mismas, si son portadoras de esos senos de piedra sobre los que habla nuestra narradora!: «El llanto que chilla en el oído de una madre sorda. ¡Qué madre es ésta! Un seno sin leche, un pecho de piedra. ¡Con qué raza de madre se te ha premiado! Si no te escucha es que se ha ido, es que te ha hecho objeto de su total abandono» (*Ibid*: 87).

Para Simone de Beauvoir, no existe el instinto maternal y cuando las hijas e hijos son pequeños no hay reciprocidad, por eso se habla del amor generoso sin límites: «Esta generosidad merece las alabanzas que los hombres les dedican incansablemente, pero la estafa de la religión de la maternidad proclama que toda madre es ejemplar. Porque la abnegación materna puede vivirse con una total autenticidad, pero en realidad no suele ser así» (Beauvoir Ob. Cit: 667).

Soledad, amor, desamor, maternidad, enfermedad, vejez, muerte, guerras, terremotos, son algunos de los temas que van sucediéndose en la memoria de la protagonista y narradora de esta novela. Pero también amistad, descripciones magistralmente logradas de paisajes y situaciones, recreación de personajes históricos y creación de otros que van presentándose para apoyar las imágenes que hábilmente va creando De Stefano: Madame Du Barry para aquellos que quieren un minuto más de vida, Orestes para los delirios matricidas de Bernardo, los Beatles para evocar un instante, filósofos y escritores se combinan en la memoria con sus personajes.

La narradora, que es el personaje que marcha a pie hasta el hogar de Bernardo rinde tributo a la lectura, por eso las innumerables referencias a grandes escritores, de Julio Verne a Kafka, pasando por Virginia Woolf (en una travesía por Argelia la vemos leyendo a *Mrs. Dalloway*) y, especialmente, por los autores y personajes de los que durante su larga amistad le ha hablado Bernardo, lector apasionado y cultísimo que hizo de la lectura la mayor disciplina de su vida y a quien la narradora – protagonista describe como «el hombre / libro que aún no se reponía de la pérdida por fuego de los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca de Alejandría» (*Ibid*: 134).

Ana Teresa Torres en su libro *El oficio por dentro* (2012), refiriéndose a la última de Victoria De Stefano, *Paleografías*, publicada en el año 2010, dice que la autora hace «un despliegue de estilo (...) no es una novela de acción, sino de reflexión, de relaciones intelectuales, de erudición, de lecturas»

(*Ibid*: 42). Un juicio que vale para todas las novelas de De Stefano. Dice otra crítica literaria sobre su obra que

En De Stefano el tiempo y el espacio se difuminan, es por eso que al leerla me asumo como alguien que va cruzando un puente en un tiempo y espacio impreciso. Me asumo como alguien que se detiene a escuchar el sonido repetido del agua bajo el puente, que se detiene a pensar en los seres que ya han transitado ese mismo lugar. Su escritura es una invitación a ese constante detenerse y preguntarse, no en vano la narradora también se ha dedicado al estudio de la filosofía (Carolina Lozada, 2010).

Cuando se lee a De Stefano una se convierte en una lectora más madura, su lectura ayuda a comprender lo que significa una obra de arte en palabras; esta autora no se rinde al mercadeo fácil por los lugares comunes. Para Luis Moreno Villamediana (2009), *Historias de la marcha a pie*, es «una de las obras más importantes de la literatura venezolana, una de las obras más importantes de la literatura latinoamericana». (En <http://www.contrapaso.blogspot.com/2009/08/el-lugar-de-la-escritura-la-narrativa>).

Para Judit Gerendas (2007), la marcha de la novela «es la marcha de la existencia», la equipara a un largo poema: «el intenso fluir de la prosa, con la presencia significativa de las imágenes y las reiteraciones, como si la novela fuera un largo poema» (En <http://www.saber.ucv.ve/ojs/index>).

Es indispensable leer a Victoria de Stefano, para lograr la madurez lectora y así homenajear a esta extraordinaria escritora venezolana. Que la sororidad se despliegue sobre nuestras artistas y creadoras, leámoslas, conozcámoslas, hagámoslas nuestras, difundámoslas. Volvamos a los libros, compremos los libros de las escritoras venezolanas, de las escritoras latinoamericanas, esas que como de Stefano no temen abordar los grandes temas de la humanidad.

Referencias bibliográficas

De Beauvoir, S. (1949/2011). *El segundo sexo*. Madrid, Editorial Cátedra.

De Stefano, V. (1997/2005). *Historias de la marcha a pie*. Mérida. Ediciones El Otro El Mismo.

- Gerendas, J. (2007). «Una marcha a pie y sus historias: la novela de Victoria de Stefano». [Documento en línea] Publicado en *Akados*, 9: 1, 2007. pp. 7-21. Disponible: En <http://www.saber.ucv.ve/ojs/index> (Consultado el 23 de noviembre de 2012).
- Lozada, C. (2010). «Victoria de Stefano: La narración desde los resquicios». Disponible: En <http://www.es.paperblog.com/victoria-de-stefano-la-narracion-desde-los-resquicios-> (Consultado el 7 de enero de 2013).
- Moreno, L. (2009). «El lugar de la escritura. La narrativa de Victoria de Stefano (II)». Disponible: En <http://www.contrapaso.blogspot.com/2009/08/el-lugar-de-la-escritura-la-narrativa> (Consultado el 30 de noviembre de 2012).
- Torres, A. (2012). *El oficio por dentro*. Caracas, Editorial Alfa.

